

# **El no-lugar del yo en Mario Benedetti y Eduardo Galeano**

Neiva Fernandes

La relación que hay entre la Literatura Comparada y el contexto sociopolítico favorece sobremanera los estudios hacia una articulación entre literaturas nacionales y/o extranjeras. Entre los años 60 y 70 el comparatismo latinoamericano realizó investigaciones que consideraron las diferencias étnicas, nacionales y culturales. La preocupación en establecer una crítica particular para cada literatura en el continente sigue hasta hoy, alejándose del modo eurocentrista, posibilitando de esta forma, un diálogo entre las literaturas de América Latina.

Bajo esta óptica, la afinidad existente entre Historia y Literatura permite el abordaje de hechos políticos que crearon la historia misma de este singular bloque no sajónico implicando en una aproximación a los regímenes autoritarios que en determinado período del siglo XX aquí se instalaron.

Otro aspecto a tener en cuenta es que la Literatura Comparada, desde sus primordios, tiene estrecha relación con la identidad puesto que su origen remonta a la formación de naciones y definiciones de frontera, con sujetos que actúan e interaccionan entre sí de acuerdo con sus intereses, individuales o colectivos. Sin embargo, la condición de sujeto va a depender de varias etapas por las cuales éste debe pasar. Desde su concepción freudiana y lacaniana hasta las sociológicas actuales como "actor social" y de "sujeto", se entiende como el creador de su propia historia y de significados. Representa, en estos términos, el pasaje de la condición de individuo pasivo frente a los cambios que ocurren a su vuelta para asumir la condición de agente transformador de su medio social. Vista bajo este ángulo, la identidad hace parte de los diversos procesos sociopolíticos de un grupo o de una sola persona. La indeterminación con relación al perfil del sujeto latinoamericano se caracteriza, por lo tanto, por la resistencia colectiva o solitaria a un régimen de excepción resultante de una ideología dominante.

Este artículo se propone examinar el proceso de fragmentación del yo y su desplazamiento, otorgándole un no-lugar dentro del contexto

represivo latinoamericano. Para tanto se eligió dos autores contemporáneos uruguayos, Mario Benedetti y Eduardo Galeano y sus respectivos libros: *Primavera con una esquina rota* (2000) y *La canción de nosotros* (1975), considerándolos bajo el enfoque comparatista, tres puntos fundamentales y distintos pero pertinentes entre sí como la identidad, el poder y el exilio.

El eje de este trabajo será el de la identidad bajo dos variables. La que caracteriza la identidad como fuente de significado y como proceso de autoconstrucción y la que se entiende por identidad social.

La hipótesis que aquí se presenta, sostiene que el sujeto, el que tiene en sí imágenes mentales positivas y pretende una identidad estable y conclusa, se ve obligado a reestructurarse como persona, dada las circunstancias extremas de violencia cuando a éstas expuesto. En ambientes autoritarios, en los cuales el sujeto es sometido a la tortura y al exilio, la finalidad es nada más que producirle una “demolición, el quiebre psicológico que conduzca a cambios en la conducta”, conforme Sylvia Bermann (1994). A causa de estas instancias negativas, el sujeto intenta reelaborar y redimensionar esas imágenes de forma que las mismas favorezcan la adaptación en nuevos contextos sociales.

La identidad vista como fuente de significados y como proceso de autoconstrucción tiene su origen en la definición del yo elaborada por los antiguos filósofos griegos. Sócrates, según Lacan (1985), “inaugura este novo ser no mundo, (...) a *areté*, a excelencia do ser humano.” Y Lacan, por su vez, entiende el yo, por lo tanto la identidad, como “um círculo de certezas no qual o homem se reconhece como um eu” (p.15). Para Freud, según Lacan, se puede entender que todo lo que se exterioriza en el ser humano no es su verdadera identidad pero otra entidad que sólo tendrá sentido en su interacción entre el inconsciente y lo restante del mundo, el otro. Aún más, este otro puede que sea “seu semelhante, seu próximo, seu ideal de [eu]” (p. 15). Por ello, Lacan formula su pensamiento a partir del principio de que el yo y el otro conviven lado a lado y son perceptibles simultáneamente en estados conflictantes del sujeto.

La identidad se forma a partir del ego y sus realizaciones concretas y significativas para el individuo cuyo proceso solitario de construcción tiene como objetivo prepararlo para la vida en sociedad. Nicole Berry (1991), llama la atención para la interacción entre el individuo y su medio, considerando las reflexiones de Lacan bajo la visión de que:

“Somos todos semelhantes à imagem que os outros têm de nós”, escreve Borges. (...) Existiria uma representação de mim que não seja a partir do outro? Não seria o ego o saldo interno das relações com os objetos internos? Haveria uma outra origem para o ego que não seja a identificação?

(...) Resultaria nosso sentimento de identidade, exclusivamente de nossas relações com os outros e, portanto, com a mãe?

Ou ao contrário, o sentimento de um “Eu” se fundamenta no da imagem especular, antes de qualquer objetivação da relação, antes de toda determinação social, como mostrou Lacan? (p.103).

No obstante las divergencias conceptuales, es probable que tanto la visión edipiana cuanto la especular se inscriban en este fenómeno existencial y marcante en la vida del ser humano. Lacan (1998), no sólo reconoce la identificación con la madre como la inserta en algún momento en la vida del individuo al interpretar la identificación como una imagen especular.

Más tarde, ya en la fase adulta, el sujeto elabora su relación hacia el otro bajo el reflejo de sí mismo en el *Ich-Ideal* propuesto por Lacan (1986). El *Ich-Ideal* se origina de la relación libidinal con el mundo. Si ésta es positiva, el sujeto entonces, estructura su ser de acuerdo con esta relación favorable. De ahí proviene el segundo narcisismo, ya que el primero tiene como base la imagen corporal. Pero este segundo, se asocia directamente a la imagen especular, es decir, a la relación con el otro que a su vez tiene que ver con la identificación consigo y con este “otro”. Sin embargo, si esta imagen del *Ich-Ideal*, manifestada a través del narcisismo, no se completa, puede que ocurra una fragmentación de esta imagen ideal, lo que a su vez, interfiere en la identidad. “El desarrollo del ‘yo’ consiste en un alejamiento del narcisismo primario. (...) Ese alejamiento se hace por medio de un desplazamiento de la libido para un ideal del yo impuesto por el exterior y la satisfacción resulta de la realización de este ideal”. (Versión al español realizada por la autora.) En otras palabras, la identificación se da por el contraste entre lo real y lo imaginario. El otro puede ser el propio sujeto representado por sus imágenes mentales y por los conceptos que hace de sí mismo, como por otra persona o un grupo social. Ocurre que a veces este sujeto tiene de sí imágenes positivas que no encuentran respaldo en las relaciones sociales, resultando entonces,

en conflictos que no conducen a ninguna identificación posible y la imagen especular, por ello, no satisface al sujeto.

El reconocerse a través de la mirada del otro, y de ahí la primera relación consigo mismo, es también, la primera noción de identidad que dará inicio a las demás a lo largo de la vida del hombre por medio de la determinación social, generada en la imagen especular, pero, sobre todo, por el uso del lenguaje que le instituirá la condición de sujeto, ya que la palabra le concede al ser el reconocimiento y la identificación, confiriéndole el *status* identitario.

Por supuesto que la cuestión de la identidad individual no se termina en este artículo pero vale observar que a partir de esta identidad intransferible ocurre la interacción del individuo con su medio social.

En el ámbito de la antropología, Levi-Strauss, según Bernd (1992), la ve como una entidad abstracta indispensable al sujeto como punto de referencia a medida que busca en la exterioridad, esto es, en la evaluación del "otro". Así, la visión especular acontece en el compartir.

Ya Anselm Strauss (1999) observó que el enfoque dado en la constitución de las identidades individuales durante los primeros años de vida no era suficiente para explicar la identidad dinámica por la cual los individuos pasan en la fase adulta al desempeñar sus más variados papeles sociales. Esta reflexión, en último análisis nos remite al proceso destructor de la identidad en los personajes del libro de Benedetti y en el de Galeano, puesto que ellos sufren bajo la prisión, la tortura y el exilio, un proceso de desidentificación que los desplaza de su lugar conocido, o sea, del yo como sujeto.

Otro aspecto que Strauss (1999), enfatiza es el nombrar el individuo y en eso se inscribe un acto de colocación o de clasificación del yo y de los demás, los otros. El registro identificador más común del ser humano es su nombre propio y en *Primavera con una esquina rota* los personajes así se presentan como *Santiago, Beatriz, Graciela, Rolando y Don Rafael*. Sin embargo, el personaje principal, *Santiago*, es identificado en la prisión por un número y destituido de sus marcas personales. Si, nombrar significa demarcar fronteras entre el yo y el tú, es darle a alguien la condición humana que le permitirá establecer relaciones entre su nombre y el auto-imagen, el hecho de identificarlo con sólo un número produce el efecto contrario ya que ocurre una desidentificación personal, independiente

de su voluntad, pero prevista y proposital por la entidad que lo aprisiona.

En el libro de Galeano, esto no ocurre. Ellos son nombrados por sus apodos y nombres de guerra. El hecho del autor de no conferirles un registro, se da por la falta de una identidad reconocida socialmente y aceptada dentro del contexto. El prisionero *Fierro* resiste “férreamente” a las sevicias y a las torturas y acaba muriéndose con esa identificación, manteniendo el vínculo que él tiene con su apodo. Probablemente éste no sea su verdadero nombre, es más bien “de guerra” y, propositadamente el autor lo apoda, el cual remite a la resistencia y a la convicción que existe entre un nombre y la auto-imagen de quien lo lleva. En la novela de Galeano, el nombre representa la resistencia al sistema. En cierta altura, *Fierro*, durante una sesión de tortura se dice a sí mismo: “Yo soy yo”, (...) “me pertenezco”, (...) “soy fuerte, somos” (pp. 97-98) en una clara alusión a su propio nombre y a la identificación con los otros. Por otra parte, los marginados como *Buscavida* y *Ganapán* tienen a su vez apodos de acuerdo con su modo de vivir, o sea, el primero es un bufón cínico y sin escrúpulos que pasará el resto de la vida, buscando migajas en la basura; el segundo es un miserable negro y honesto, pero no logra un empleo digno y lleva sus días entre ocupaciones laborales temporarias. Estos personajes representan simbólicamente sectores de la sociedad uruguaya que se encuentran en permanente desplazamiento social que a su vez son muy significativos para el contexto narrativo: *Ganapán*, *Buscavida* y *Fierro* hacen parte de una sociedad que en definitiva los rechaza del ámbito de la dignidad humana. Según Strauss, los nombres que son adoptados voluntariamente revelan el vínculo intransferible entre éstos y la auto-imagen. En el análisis de los personajes de ambos autores se comprueba esta afirmativa, puesto que el nombre interfiere en sus propias acciones y en los conceptos que hacen de sí mismos.

Los conceptos desarrollados por Anselm Strauss nos ayudan a entender la identidad como una condición de *status*. En este sentido, el individuo puede, de acuerdo con la sociedad a la cual pertenece, asumir un *status* de avergonzado, esto es, de humillado, degradado, forzado a salir del grupo. Tal condición se puede aplicar de la misma forma a los personajes de Galeano y Benedetti en relación a la tortura, a la desnudez y al exilio. El sociólogo Harold Garfinkel, conforme Strauss afirma lo siguiente sobre la atribución de *status* a través de la degradación pública:

A pessoa denunciada deve ser separada ritualmente de um lugar na ordem legítima i. e. deve ser definida como estando num lugar ‘exterior’, deve ser tornada um estranho. Soma-se à perda de status a possibilidade de uma desintegração do indivíduo que participou de um importante conflito social: as pessoas sofrem mudanças mais radicais sob condições sociais violentas (...) as próprias estruturas sociais têm histórias e o destino de seus membros é correspondentemente afetado (p. 145).

Stuart Hall (1999) debate esa visión de sujeto sociológico en la cual él no es autónomo y tampoco autosuficiente, porque mantiene su “yo” real en permanente diálogo con el mundo y con las demás identidades exteriores. Según este autor, el proceso se encuentra en transformación y la causa está en la fragmentación del “yo” que se compone de diversas identidades a la vez contradictorias o no solucionadas; la transición de una para otra caracteriza asimismo la posmodernidad. Fíjense que Hall, al formular su tesis sobre identidad, utiliza la palabra sujeto al contrario de Garfinkel: “O sujeito, previamente vivido como tendo uma identidade unificada e estável, está se tornando fragmentado; composto não de uma única, mas de várias identidades” (pp.12-13).

Según su punto de vista el desmembramiento de la identidad se debe al colapso por el cual los paisajes sociales están pasando de forma que no aseguran más el propio proceso de identificación, justo porque éste se tornó provisorio, variable y problemático, según sus palabras. Si antes existía una supuesta armonía entre el yo y el mundo exterior, ahora bajo la mirada posmoderna, ella ya no tiene tanto sentido a causa de los procesos continuos de mudanzas y de multiplicidades, y el resultado es la fragmentación del sujeto que se encuentra en permanente conflicto con el exterior y la identidad pasa a ser definida históricamente y no biológicamente, según este autor.

Complementando el pensamiento de Hall, Manuel Castells (2000) considera la identidad como proceso constructivo como “fonte de significado e experiencia de um povo” (p. 12). Es una de las concepciones más actuales que circulan en el ámbito de las Ciencias Sociales. Aproximándose a Hall, Castells reconoce la identidad como una construcción social que ocurre siempre en un contexto de relaciones de poder y propone en este sentido, tres concepciones y orígenes de identidad: la identidad legitimadora generada en las instituciones de poder; la

identidad de resistencia que surge entre las personas que se encuentran en posiciones desvalorizadas, que construyen trincheras de resistencia y la identidad de proyecto en la cual los actores sociales redimensionan sus antiguas identidades de acuerdo con la necesidad de transformación y supervivencia. Ésta, observa Castells, según la teoría de Alain Touraine, produce sujeto. Particularmente nos interesa la definición de sujeto y de individuo que ese autor utiliza, porque las dos acepciones serán utilizadas para hacer distinciones. De acuerdo con Castells, “sujeitos não são indivíduos” (p. 26). Se hace necesario usar la acepción de Touraine para aclarar lo que quiero decir: “chamo de sujeito o desejo de ser um indivíduo, de criar uma história pessoal, de atribuir significado a todo o conjunto de experiências da vida individual” (p. 26).

En cuanto proceso de construcción, la identidad asume un papel muy importante en la literatura hispanoamericana puesto que tiene que ver con la interrogante que subyace a la condición de latinoamericano impuesta a nosotros: “¿quién soy yo, qué papel seré capaz de desempeñar? Y, más que nada...¿qué papel me toca desempeñar?”, formulada por Alejo Carpentier en su libro *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos* (1981). El conflicto suscitado es el de la conciencia relacionada al hecho de que el individuo pertenece al Estado y que se encuentra bajo un principio de autoridad ejercida por éste. Esto es, ¿lo qué el Estado espera de este individuo? O, entonces, volviendo a los libros de Benedetti y de Galeano, ¿hasta qué punto ese individuo es sujeto dentro de un Estado autoritario? Según Eric Hobsbawm (2000),

la identidad primordial que la mayoría de nosotros hemos elegido en este siglo XX es el del estado territorial, es decir, una institución que establece un principio de autoridad sobre cada uno de los habitantes de un trozo del mapa. Si esta persona es un ‘ciudadano’ el estado reivindica el derecho a obtener – por encima de cualquier otro tipo de exigencias individuales- su lealtad, su amor (i.e. el ‘patriotismo’) y, en tiempos de guerra, hasta su propia vida (p. 48).

La relevancia del pensamiento de Hobsbawm para el enfoque latinoamericano es exactamente su aplicabilidad efectiva dentro de la historia del continente. La condición de tierra descubierta y colonizada a la fuerza genera en su interior, la búsqueda incesante por una identidad

que al mismo tiempo es una y varia, cuya característica es el proceso de construcción permanente, de territorialización y desterritorialización propuesto por Deleuze y Guattari (1977) y como el conjunto de representación que cada uno tiene de su grupo o de sí propio, según Bernd.

Sin embargo, la noción de representación elaborada en el contexto latinoamericano tiene su origen en la conciencia individual y colectiva de las desigualdades sociales que al mismo tiempo son dependientes de un capitalismo globalizado pero que se reducen a elementos heterogéneos entre sí. O sea, el acceso a los bienes de consumo más simples como el *jeans*, la zapatilla de marca, la Coca-cola, etc, son vistos como unificadores y el acceso a la libertad de expresión, a los medios dignos de subsistencia, a la educación y a la salud, no son facilitados ni ofrecidos de forma igualitaria y homogénea. Así, todo lo que homogeniza culturalmente, tiende a singularizarse y a resaltar las diferencias sociales. En otras palabras, lo que es globalizante no es democrático en el contexto latinoamericano, hasta porque América Latina siempre fue escenario de luchas desiguales y de desnivel económico en relación con los demás países considerados de Primer Mundo resultantes de políticas gubernamentales que siempre estuvieron aliadas al poder autoritario. Nuestra marca, por tanto, es siempre la misma: conflicto y diversidad. La experiencia traumática nos impele a la permanente indagación sobre quiénes somos.

Tal indagación se encuentra, de una cierta forma, representada en los libros de Benedetti y Galeano, al fin y al cabo es ésto lo que el lector advierte a lo largo de sus historias al tomar contacto con los personajes. Todos se encuentran distanciados de la sociedad debido al desempleo, al exilio, que se caracteriza tanto por el lado económico como por el político, bien como por la prisión. En el caso de Galeano, el autor no los integra porque todo lo que sucede en el libro es transitorio, todo se resume en un ir y venir constante, tanto en el ámbito físico como en el ámbito emocional. No hay lugar, en definitiva, para sus personajes en el Uruguay de aquellos años y en eso se justifica la búsqueda por una identidad. En los de Benedetti, esta búsqueda se refleja de forma distinta, puesto que el personaje principal, un preso político, tras padecer cinco años en la cárcel Libertad (fíjense en la ironía), viaja al exterior al encuentro de los suyos, asumiendo un lugar, un hogar de adopción, confirmación del yo. El exilio para él representa la casa en la cual lo esperaban hace tiempo.



En la teoría de Lacan, la imagen especular también se define por el hecho del individuo, cuyos principios están comprometidos con la realidad social y por ellos acaba penalizado; es también porque, sobre todo, se ve a sí mismo en el otro, que es al mismo tiempo diferente pero semejante en la condición social. Yo soy el otro, que no es yo. *Santiago* sufre la pena porque tal visión especular se inscribe asimismo en su evaluación que resulta en el acto de compartir con el otro las mismas ideas y los mismos infortunios. El acto en sí mismo sirve como punto de referencia indispensable para la vida humana previsto por Levi-Strauss, pero que contradice la proposición de Manuel Castells, cuyo principio es el de la identidad inserta en un contexto social marcado por las relaciones de poder. *Santiago* sería, por lo tanto, producto del Estado autoritario y arbitrario, represor de la libertad individual en el cual se desarrolló una identidad de resistencia con poca o ninguna posibilidad del individuo actuar como sujeto.

La experiencia singular de la prisión lo lleva a escribir cartas a la familia, estableciendo un puente entre dos mundos: el de la cárcel y el de la libertad, estableciendo el equilibrio entre lo que fue un día y lo que es hoy, el contrapunto entre el pasado y el presente, y son ellas que lo mantienen en un nivel aceptable de reconocimiento de su yo y que lo ayudan a juntar los pedazos de su identidad y lo confirman como sujeto. Si, como afirma Lacan (1986), “o eu é referente ao outro, se constitui em relação ao outro, (...) o nível no qual o outro é vivido situa exatamente o nível no qual, literalmente, o eu existe para o sujeito”(p. 63), entonces, el acto de escribir revela una búsqueda de sí mismo en ellos, puesto que es a través de sus entes queridos (que lo reconocen), que él también se reconoce.

No obstante, *Santiago* no se ve como prisionero. En tal mirada se encuentra la contradicción a la teoría de Lacan en relación a la imagen especular, ya que el reconocimiento implica en la rendición total. Reconoce su realidad como momentánea, pero no se rinde a ella. Por otro lado, es posible percibir que tal contradicción no perdura o por lo menos es transitoria puesto que si anteriormente no se veía como un preso, no deja de, al mismo tiempo, recurrir a la memoria como el otro cuyo pasado histórico hacía parte del contexto y que actuaba como sujeto histórico inscrito en el proceso exterior y discontinuo de los acontecimientos sociales, que en determinado momento lo interdictaron y lo silenciaron.

Sin embargo nada le garantiza que el *status* de sujeto sociológico, adquirido a lo largo de su vida permanezca lo mismo. Si, antes de la prisión tenía esta condición, ahora, privado de su libertad tal condición se modifica por cuenta de la inestabilidad de los paisajes sociales. El término, usado por Hall, explica como *Santiago* pasó de la condición de sujeto sociológico para la condición de sujeto fragmentado: una parte de sí está en las cartas desde la prisión, la otra nada más es que un número en la celda tal, entre cuatro paredes, y la tercera fragmentación es la de otro *Santiago*, que al salir de la prisión tendrá de administrar la libertad y la nueva vida en el exilio. Se compone, a su vez, por varias identidades cuyos procesos son variables, provisorios y problemáticos.

La proximidad de su liberación lo lleva a distanciarse del pasado reciente, de su estancia en Libertad. El presente es como un hiato entre el pasado y el futuro que se avecina. Este presente le es innombrable, traumático y por ello, difícil de abordarlo. Hablar directamente sobre la tortura, el dolor y el desespero es algo inconcebible. Narrar significa vivir la misma cosa dos veces y por ello, sus cartas evocan recuerdos del pasado impidiendo la representación del momento. A las reminiscencias del pasado se suceden proyecciones del futuro: “Ahora pongo mi atención en temas concretos: trabajo, estudios, vida familiar, proyectos de diversa índole, (puedo hacer cualquier cosa)” (p.125).

Al encontrarse fuera de la prisión, en el avión que lo llevaría al encuentro de la familia, *Santiago* logra referirse sobre lo que sufrió así como de los compañeros de celda. Fuera de la penal, lo no decible cobra forma, pasa de hecho a existir y suplanta las imágenes guardadas y silenciadas por largo tiempo. El trauma no solo es la realidad vivida como un testimonio registrado para siempre en la memoria. Sus recuerdos le vienen, así nomás sin puntos sin mayúsculas:

Qué sueño y sin embargo quiero recordar todas las caras de los míos allá/los que quedaron/aníbal no es un número esteban no es un número ruben no es un número/ quisieron convertirnos en cosas pero los jodimos no nos cosificamos esteban hermano vos tenés aliento para rato/tendrás que ayudar a los desalentados/ah pero a vos quién te ayuda (...) a andrés lograron arrastrarlo hasta la locura/quizá le pasó eso por demasiada fe en el hombre/todo lo sorprendía siempre pensaba hasta aquí llegaron y se acabó no pueden ser tan crueles pero sí eran/voy a convencerlos y empezaba a hablarles y le

rompían la boca/demasiada inocencia por eso enloquecí (pp.165-166).

(...) a veces tuve miedo, un miedo del que tenía que tragarme hizo aullidos (p.176).

(...) en total estuve incomunicado veinte días/de ahí o sea de la famosa isla se sale loco o se sale más fuerte/yo salí más fuerte (p.177).

En este caso, lo que afirma Bermann respecto a la reintegración del sujeto que va a depender entre otros factores, de su identidad social, se aplica a la toma de conciencia del personaje como ciudadano. El distanciamiento de la prisión lo estimula al reconocimiento de sí, aunque no sea más el mismo: “Soy el mismo y soy otro/y este otro es mejor, me gusta este otro en que me he convertido” (p.173).

La primavera representa un símbolo de reconciliación entre las varias identidades aunque con una esquina rota. La permanencia de esta imagen es lo que le garantiza la supervivencia al horror de la prisión y del exilio y nos revela que los múltiples yos no fueron derrotados totalmente.

El libro de Galeano, *La canción de nosotros* no se limita al ámbito político sino en consecuencia de tal, aborda la miseria y el abandono social al cual se someten la mayoría de los latinoamericanos. Si, en Benedetti los personajes se caracterizan como advenidos de una clase social intelectualizada como periodistas y profesores, en Galeano son miserables marginados de la sociedad y que no reciben el reconocimiento como ciudadanos. Además, el punto de partida para construcción de una nueva identidad en el primero es la prisión y el exilio político al paso que *La canción de nosotros* se los ubica en la zona portuaria de Montevideo; éste es el punto identitario de todos los personajes. Desde el puerto vislumbran la ciudad a la cual sólo acceden en la condición de marginados. Son extranjeros dentro del propio país. A partir del puerto empieza la historia. Lugar de partida, lugar de llegada. Eterno movimiento de la nada para la nada. Constante exilio. En el reconocimiento del espacio geográfico que lo acoge, *Mariano*, uno de los presos políticos, también se reconoce en él: “¿Por qué regresa uno? ¿Por la revolución? (...) esta ciudad, ¿no supo ser un fraternal campamento sin fronteras? ¿No es acaso nuestra impresión digital, nuestra tan de veras señal de identidad, y al mismo tiempo nuestra podrida jaula? (p. 71).

*Mariano* huye de la prisión y se va a Buenos Aires, pero allá la dictadura también se hace presente; vuelve como el fugitivo doble y como

el caminante errante, asumiendo otra identidad, la de extranjero y del exiliado de dentro, viviendo en estado marginal tal cual *Ganaþán* y *Buscavida*.

Los personajes transitan entre tiempos presentes y pasados. En éstos, *Mariano* recuerda la violencia física sufrida en una de sus detenciones. La identidad en este caso, ya abalada por el contexto externo, tiende a fragmentarse y, muchas veces, a desaparecer por completo. El sujeto, hasta entonces, social, pasa a ser el individuo descaracterizado, inestable. Se encierra el ciclo del desempeño del papel social positivo para asumir una identidad que es dinámica pero negativa. Teniéndose por dinámico como retroceso, movimiento inconstante “de alguém que perdeu seu mundo” (Strauss, p. 56).

El personaje constata la experiencia límite de la degradación de su cuerpo, de estar sojuzgado al poder personalizado en las manos del torturador y de sentirse al desamparo, aislado hasta de quien le imputa sufrimiento. Por ello, se explica que el prisionero esté con la capucha o con ojos vendados. Este acto se reviste de toda la lógica del espejo lacaniano; caso el torturado mire al otro, este otro puede reconocerlo como el mismo, el sí; las miradas recíprocas favorecen la identificación como ser humano. De esta forma, la capucha y la venda tienen la doble función de proteger el verdugo de la mirada del otro además de impedir un futuro reconocimiento:

Después empezaron los interrogatorios. Me preguntaban sobre Fierro. Me mandaron a la máquina. Uno se siente muy náufrago, Clara, muy completamente solo sobre todo cuando uno queda desnudo. Porque ellos están vestidos, ¿no? Mientras a uno le quede el calzoncillo puesto, uno es dueño de sí mismo. Y además ellos pueden verlo a uno, pero uno está encapuchado (...) Está todo organizado para que te desmorones antes que empiece el dolor (p. 143).

El cuerpo siempre será la marca de identidad de cada ser humano. Receptáculo de nuestras emociones y sentidos, a él volvemos a cada fracción de segundo de nuestras vidas. Nos reconocemos en él. Cuando este cuerpo es humillado y violado, nos desterritorializamos de él para emigrar a un estado infinito del dolor. La tortura física causa este efecto, el de la desorganización del sujeto consigo mismo y con el mundo.

Apoderarse del otro a través de su cuerpo, de su historia por medio del sufrimiento físico significa apagar sus marcas personales y delimitar espacios mentales en los cuales se destaquen apenas las informaciones que le interesen al torturador.

En este sentido, *Fierro*, compañero de lucha política de *Mariano* prefiere morir que delatar los compañeros; no deja dudas cuanto a su comprometimiento con la causa y por ella decide no resistir más las torturas. La teoría de Strauss se aplica en este caso, puesto que el compromiso se relaciona al sacrificio, llevando al sujeto a la muerte por libre arbitrio. Este acto extremo de retomar su yo contraría el propósito de la tortura, que además de la demostración de poder sobre el otro, también se busca la destrucción de la identidad. *Fierro* tiene conciencia de tal intención y el hecho de continuar convicto de sus principios ideológicos lo lleva a reconocer que, aunque muerto, será él quien mantendrá el dominio sobre sí:

Lentamente iba reconociendo su cuerpo, el territorio bombardeado que todavía era suyo (p.109). (...)¿cuánta será la cantidad de dolor reservado para mí?¿Y todo por quién? ¿Por los otros?¿(...) puede uno sentirse abrazado por la multitud? Sí puede. Podés. Pudiste. Te ocurrió. (...) Por eso; por todo. La revolución. (...) pagar el precio. Yo. Nosotros. ¿No quisiste hablar con la voz de los que no tienen voz? (...) soy más fuerte que mi dolor, somos más fuertes. Nosotros. Nosotros somos. Yo. Dispuesto a pagar el precio. Aquí estoy y sabemos porque morimos. Ellos no saben por qué matan. (...) No soy mi dolor. Soy otro...¿quién soy?¿quién era yo? (...) soy fuerte porque siento asco. Soy fuerte porque siento odio (pp.112-113).

En este punto la narrativa se desarrolla en dos personas porque hay el desdoblamiento del personaje. *Fierro* se aleja de sí mismo para analizarse pero también para resistir. No siendo él (yo), se distingue del otro (tú, vos) para tomar para sí el sufrimiento. A pesar de todo *Fierro* (yo, nosotros) es el que sigue convicto de sus principios. El pronombre “nosotros”, remite a la identificación con la causa común a la unidad de acción y de pensamiento así como a la resistencia. Castell (2000) alude a esta identidad como un fenómeno resultante de una construcción social. “Nosotros”, para *Fierro*, significaba el pueblo uruguayo que se encontraba bajo la dictadura, y por el cual él se sacrificaba. Renunciando al cuerpo no renunciaba a sus identificaciones.

Por ello, cuando Ganapán encuentra su cadáver tirado al margen del Río de la Plata, destrozado, quemado y sin papeles, es más bien una victoria sobre la muerte misma, puesto que el mendigo le da una sepultura decente ya que él lo reconoce (aunque jamás lo había visto) como preso político que soñaba con un Uruguay más justo. Al solidarizarse con el muerto, *Ganapán* se identifica con él pues ambos fueron marginados por la máquina. Por lo tanto, se justifica una vez más, el empleo de “nosotros”.

El mendigo, por su vez, representa doblemente el exiliado. En primer lugar porque es paupérrimo y su espacio identificador es la zona porteña de Montevideo y sus arrabales. Segundo, por el hecho de ser negro: “Negro lumpen, desgraciado” (p. 74). Y eso, en Uruguay significa ser minoría. Juntamente con los indios, los negros fueron diezmados entre los siglos XVIII y XIX por cuenta de luchas internas entre facciones locales y con otros países.

A parte de la literatura de Afro-América, los autores hispanoamericanos no tienen tradición en tratar del negro. Pero Galeano huye de esta omisión. En “La canción de nosotros”, juntamente con *Buscavida*, *Ganapán* no puede tener otra identidad sino la de mendigo en un Uruguay blanco. El estigma del color y su condición económica se refuerza en este contexto que los margina y los extranjeriza.

En este sentido, la condición social de los personajes se caracteriza asimismo por el empleo de interrogativos que distinguen socialmente unos de los otros. *Mariano* y *Fierro* se preguntan : ¿quién soy yo? En una clara referencia a la condición de seres humanos. Sin embargo, en *Ganapán* y *Buscavida*, la referencia no ocurre hacia a un ser, sino a una cosa, a un objeto, algo sin valor: “i(..)qué somos? (p. 25); “(...) qué soy yo?” (p. 135). La cuestión del no yo, de no tener una identidad se explica por el contrapunto entre los pronombres interrogativos.

El estatuto de subordinación a un sistema que los desconoce como seres humanos los someten al exilio involuntario. *Ganapán* tiene conciencia del aislamiento que lo transforma en el caminante sin rumbo en el propio país. Él es el nómada de dentro, el que se desplaza entre varios puntos y sin destino cuya existencia se encuentra desfavorecida por el hecho de ser negro: “Y yo caminé y seguí caminando. Siempre apuradas mis piernas como si tuvieran algún lugar adonde ir o buscando algún lugar que sea mi lugar y no encontrando. Caminé sin bajar los brazos, mundo arriba y

mundo abajo, caminante, viviente, sobreviviente, con la desgracia haciéndome sombra” (p. 138).

Más adelante, *Ganapán* se refiere al origen de su descendencia real proveniente en África, reforzando así, su condición de extranjero:

Para mí que la propia entrada mía en el mundo ya estuvo equivocada. Los antepasados míos eran príncipes guerreros del África, de ahí de la frontera del desierto y la selva. (...) Se ve que ya el nacimiento mío fue un error y que no estaba para venir acá. No soy el que soy y no me encuentro. (...) Yo sé que éste no es mi lugar. Aquí estoy pero no estoy. ¿Encontraré mi lugarcito? (pp. 139-140).

Con efecto, no reconoce la ciudad como suya. El *status* de marginado no le permite incluirse en un mundo que es de otro color. Por otro lado, la referencia a sus orígenes significa el último recurso que él lanza mano en el sentido de tener, por lo menos, una identidad social legitimada. Pero, en verdad, como ésta es una identidad distante que no lo consuela, *Ganapán* recurre a su nombre como si fuera lo único que tenía a su alcance de comprobación: “Mi nombre es *Ganapán* y soy muy tigre. (p.140) La palabra tigre encierra dos significados esenciales para el contexto; el primer de ellos se relaciona a la ferocidad, a la lucha constante y a la capacidad de uno sobrevivir en ambientes hostiles. En el segundo se inscribe el contexto mismo de latinoamericano. El empleo de la palabra en la literatura hispanoamericana es frecuente: Borges, Cortázar, Neruda, Roa Bastos y el propio Galeano la usaron como elemento simbólico y marca identitaria de América Latina justo por sus significados citados anteriormente.

Por la imposibilidad de atribuirle a su personaje una posición digna en la historia, Galeano le confiere una identidad social distante (África).

“La canción de nosotros” es, sobre todo, una aglutinación de identidades sociales marginadas que se rehacen a todo momento dentro de un escenario formado por el puerto de Montevideo y por la prisión. Pero, otra interpretación es posible respecto a las dicotomías entre las clases sociales; quién se encuentra al margen no son los personajes analizados sino los demás, los otros; los que no verbalizan, pero que el lector advierte sus acciones; las percibe: son aquéllas que se encuentran al lado de la máquina y del poder. De esta forma, Galeano las ignora y las pone al margen para dar voz a otra clase de la sociedad uruguaya que nunca tuvo

oportunidad de manifestarse abiertamente. Para el autor, los sujetos que componen esta clase son los legítimos latinoamericanos.

Por su parte, Benedetti atribuye al hombre de este continente una condición de búsqueda y construcción de identidades, considerándose que de Freud hasta Lacan, el concepto de identidad viene a lo largo cambiando de status, dejando de ser una certeza para tornarse una incógnita, cuyos datos constitutivos del sujeto son tan transitorios cuanto los datos que componen la posmodernidad. En términos de América Latina, esa conclusión tiene sentido a causa del exilio, cuya acción interfiere en la manutención y en la transformación de las identidades.

El no-lugar del yo es visible en los personajes, puesto que todas ellos son llevadas a administrar nuevas maneras de vivir y de ser, ya que sus realidades no coinciden con sus imaginarios. *Santiago, Mariano, Fierro y Ganapán* buscan resistir al desmonte de sí mismos, recordando hechos, lugares y personas que los mantuvieran con sus identidades primarias, productoras de sentido. El contraste ocurre porque, entre lo que eran y lo que son, no hay ninguna oportunidad de intermediación entre las imágenes personales edificadas anteriormente y las que son impulsados a construir en el actual momento.

Por otro lado, el hecho de resistir y luchar, cada uno a su modo, demuestra que, a pesar de la hostilidad, el proceso desidentificador no fue totalmente eficaz. La resistencia a la violencia permite que todos mantengan marcas identitarias muy fuertes como las que producen una identidad social común a todos. Al resistir al poder, que impone una identidad legitimadora y estática, los personajes asumen a la vez, la identidad de resistencia y de transición. Listos a desempeñar otro papel social, la identidad de proyecto cuyo principio es la transformación. A lo largo de sus vidas, esos actores sociales practican la errancia, la asimilación y cambios de categorías.

En estos términos, se observa que los personajes de Benedetti y Galeano resultan de una sociedad narcisista en la cual se deparan con desconstrucciones del yo, negándose a sí mismos a cada instante, puesto que el ego se confronta constantemente con la realidad llevándolos a desterritorializarse y a buscar continuamente en el otro el reconocimiento de sí. Para ellos, no existe la homogenización. La alteridad individual y social es permanente y los procesos identitarios no son individualizados,



más bien compartidos, destacándose la lucha entre la permanencia y el desordenamiento del yo como sujeto social.

Ésta, al fin y al cabo, es la marca del hombre latinoamericano representada en las novelas de Benedetti y de Galeano. La crisis de identidad se debe a la conciencia de que no hubo ninguna tregua desde Colón hasta la contemporaneidad, entre la condición de subdesarrollado y la impotencia impuesta por el Estado que impide el sujeto de actuar según su ética. Al tratar de la violencia instituida, los autores ora rebajan, ora elevan sus protagonistas, en una representación simbólica de una sociedad fragmentada y desordenada que los empuja hacia la renovación del pacto con lo desconocido, un nuevo yo sin lugar definido.

### **Bibliografía**

BENEDETTI, MARIO. *Primavera con una esquina rota*. Buenos Aires: Editorial Sudamérica, 2000.

BERMANN, Sylvia et alii. *Efectos psicosociales de la represión política. Sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Buenos Aires: Goethe Institut, 1994.

BERND, Zilá. *Literatura e identidade nacional*. Porto Alegre: Editora da Universidade, 1992.

BERRY, Nicole. *O sentimento de identidade*. São Paulo: Escuta, 1991.

Carpentier, Alejo. *La novela hispanoamericana em vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. 2ª. Edición. Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1981.

CASTELLS, Manuel. *O poder da identidade*. 2ª ed., tradução de Klaus Brandini Gerhardt. São Paulo: Paz e Terra, 2000.

DELEUZE, Giles; GUATTARI, Félix. *Mil platôs*. Tradução de Peter Pál Pelbart e Janice Caiafa. São Paulo: Editora 34, 1997.

GALEANO, Eduardo. *La canción de nosotros*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1975.

HALL, Stuart. *A identidade cultural na pós-modernidade*. Tradução de Tomaz Tadeu da Silva e Guacira Lopes Louro. 3ª ed. Rio de Janeiro: DP&A, 1999.

LACAN, Jacques. *Escritos*. Tradução de Edition Du Seuil. Rio de Janeiro: Editora Jorge Zahar, 1998.

\_\_\_\_\_. *O seminário. Livro 1. Os escritos técnicos de Freud*. Versão brasileira de Betty Milan. Rio de Janeiro: Editora Jorge Zahar, 1986.

\_\_\_\_\_. *O seminário. Livro 2. O Eu na teoria de Freud e na técnica da psicanálise. (1954-1955)*. Tradutores, Marie Christine Laznik Penot; com a colaboração de Antonio Luiz Quinet de Andrade. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1985.

STRAUSS, Anselm. *Espelhos e máscaras*. Tradução de Geraldo Gerson de Souza. São Paulo: Edusp, 1999.

**artigos**

